

LA ANFITRIONA

Hoy es un día de esos en los que quisiera ser invisible, quedarme bajo las sábanas oliendo el calor húmedo de una noche de pesadillas. Otra mañana con resaca por mis excesos. Pero debo levantarme, hoy espero visitas.

Apoyo mi mano en la mesilla y dejo mis huellas en el polvo acumulado. De camino hacia el salón, voy dejando el rastro de mis pantuflas Love Moschino, que me lleva a pensar en cuántas mañanas hace que, saturada de trabajo, se despidió mi asistenta.

No es sólo que odie limpiar porque no me corresponde, es que algo físico me lo impide, me siento mal cuando lo intento. Simplemente, no puedo.

He llorado desconsoladamente sobre la cama, como una princesa de cuento: ¡Así no puedo recibir a nadie!

De pronto recuerdo algo, me incorporo y subo al desván. Meses atrás Ángela había visto rastros diminutos, olores sospechosos: “Tendría que poner trampas señora, posiblemente tenga ratones”.

Pero yo pensaba que una casa de rancio abolengo como la que había heredado debía conservar sus ratones y telarañas junto a mugrientos alambiques de colores, el viejo libro de los Mil Conjuros y demás reliquias.

Nada en el desván estaba allí por casualidad y mi fantasía desmedida me invitaba a buscar la solución a mis problemas en cuentos y leyendas que formaron parte de las vidas de mis antepasadas.

¡Y se me ocurre conjurar a las ratas! Quizás llamándolas como Cenicienta: “¡A desayunar, a desayunar!”. Imagino corretear ratitas Disney, limpias y felices. Qué bucólico, qué cursi y rosado...

¡No, esto no funcionará! Mis ratas ni siquiera se mostraban, vivían escondidas tras un montón de objetos tristemente olvidados.

Pero de pronto vi el brillo de metal de una flauta apoyada en un rincón. ¡Hamelín, qué gran acierto! Empiezo a tocar sin ningún ritmo, sólo sonidos ahogados sin compás.

A la luz de la linterna, distingo unos ojos redondos, y otros, y otros más allá. Van apareciendo primero tímidas, luego más activas, casi sin miedo. Y empiezo a bajar las escaleras tocando la flauta, Mágica sin duda, y ellas me siguen obedientes.

Tomo escobas y trapos viejos, retirando el polvo en todas direcciones y mostrando a mis ratas cuál es su cometido. Lo entienden a la primera y,

ayudándose unas a otras, van barriendo al ritmo de la música. Sin descanso, unas moviendo muebles y objetos, mientras otras levantan alfombras y kilims. Me sorprende mi habilidad para liderar equipos.

¡Estaba tan agradecida a los Cuentos!

Opté por acomodarme en mi Chaise-longue de terciopelo, sin dejar de tocar la flauta, que ya había creado su propia melodía. En menos de una hora estaría todo a punto para recibir a las visitas. Encargaría el catering a Le Canard Chic, me arreglaría para la ocasión y sería la anfitriona que todos esperaban de mí.

Saboreando mi éxito, me adormilé unos minutos con el sonido quedo de la flauta, pero un pensamiento me sobresaltó. Miré alrededor ¿adónde iba a parar la suciedad que retiraban las ratas?

Me incorporé y me pareció que el salón era más pequeño, tal vez es que había más ratas o, quizás algo peor... ¡las ratas habían crecido!

Horrorizada, vi cómo se comían toda la suciedad, engordaban y crecían, como Alicia al comer el queso.

Me subí a la chaise-longue sin dejar de tocar la flauta, que ahora emitía un sonido débil y tembloroso, desafinado de puro terror.

Estaba todo impoluto, pero ellas seguían comiendo. Ahora las escobas, luego los trapos y las alfombras. Empezaron a roer las patas de los muebles y vinieron hacia mí.

La flauta cayó de mis manos, pero siguió sonando, ahora con una melodía marcial que me recordaba a la marcha Radetzky en Año Nuevo, y a cuyo compás seguían las ratas con su voraz festín.

Grito con todas mis fuerzas ¡la casa es tan grande!... Pero nadie me oye... ¡no hay nadie más...!

Solo cientos de enormes ratas y yo, su perfecta anfitriona.

¡Nunca más podré recibir visitas!

La chaise-longue, con las patas a medio roer, se ha ido inclinando hacia un lado y me hace resbalar, dejándome a nivel del suelo... a su nivel.

Al nivel de una rata de cloaca, sucia y maloliente.

Marguerite Lacroix